



## ***Ladrones del mundo, uníos; sobre el significado de los disturbios<sup>1</sup>***

***Shoplifters of the world unite***

Slavoj Žižek

traducción de Olga Abásolo

La repetición de un hecho, según Hegel, juega un papel crucial en la historia: todo acontecimiento que solo se produce una vez, puede considerarse mero accidente, un hecho que podría haberse evitado si la situación se hubiera manejado de otro modo; pero, cuando el mismo acontecimiento se repite, es señal de que está en curso un proceso histórico más profundo. La derrota de Napoleón en Leipzig, en 1813, pudo atribuirse a la mala suerte; pero, tras su derrota en Waterloo, era evidente que estaba acabado. Lo mismo podría aplicarse a la sostenida crisis financiera actual. En septiembre de 2008, algunos la presentaron como una anomalía que podría corregirse introduciendo regulaciones más acertadas. Ahora que hay cada vez más indicios de que vuelva a producirse otro colapso financiero, parece evidente que nos enfrentamos a un fenómeno estructural.

Se nos repite una y otra vez que atravesamos una crisis de deuda, que todos debemos compartir la carga y apretarnos el cinturón. Es decir, todos salvo los (muy) ricos. La idea de gravarles con mayores impuestos es tabú: si lo hiciéramos, se nos dice, los ricos perderían el in-

---

<sup>1</sup> Traducido con la autorización de Slavoj Žižek. Texto original en inglés: “Shoplifters of the world unite”, *London Review of Books*, 19 de agosto de 2011 [http://www.lrb.co.uk/2011/08/19/slavoj-zizek/shoplifters-of-the-world-unite].

centivo de invertir, por lo que se crearían menos empleos y todos sufriríamos las consecuencias. La única forma de salvarnos de la penuria es que los pobres sean más pobres y los ricos más ricos. ¿Qué deberían hacer los pobres? ¿Qué pueden hacer los pobres?

Si bien es cierto que los disturbios estallaron tras la sospechosa muerte de Mark Duggan, abatido por un disparo, todo el mundo parece coincidir en que son expresión de un malestar más profundo. ¿Pero, cuáles son sus características? Los alborotadores del Reino Unido no tenían ningún mensaje que dar, al igual que los *banlieu* de París en 2005 (en ese sentido, contrastan claramente con las masivas manifestaciones de estudiantes de noviembre de 2010 que acabaron también en violencia. Los estudiantes dejaron claro su rechazo a las propuestas de reforma de la educación superior). Por eso resulta tan difícil interpretar el caso del Reino Unido en términos marxistas, como ejemplo de emergencia de un sujeto revolucionario; encajan bastante mejor en el concepto hegeliano de “rabble” (*multitudo turbulenta*), es decir, personas que están fuera del espacio social organizado, que expresan su descontento mediante arrebatos “irracionales” de violencia destructiva— lo que Hegel llamaba, “negatividad abstracta”.

Hay una antigua anécdota que cuenta la historia de un trabajador sospechoso de robar: cada tarde, al dejar la fábrica, los guardias inspeccionaban con detalle su carretilla. nunca encontraban nada; siempre estaba vacía. Por fin, cayeron en la cuenta: lo que robaba el trabajador eran las propias carretillas. A los guardias se les escapaba lo obvio, como ahora se les escapa a los comentaristas de los disturbios. Se nos dijo en su momento que con la desintegración de los regímenes comunistas a principios de los años noventa se inició el fin de las ideologías; la era de los proyectos ideológicos a gran escala que culminaran en catástrofes totalitarias había llegado a su fin; nos adentrábamos en la nueva era de la política racional, pragmática. de confirmarse este lugar común de que esta es una era posideológica, este estallido de violencia sería un buen ejemplo de ello. se trata de una acción violenta que no reivindica nada en concreto y en la cual no había atisbo de protesta. En su desesperado intento por dotar de sentido a los disturbios, los sociólogos y articulistas de opinión confundieron el enigma que encerraban los disturbios. los manifestantes, aunque desfavorecidos y excluidos, no estaban al borde de la inanición. Hay personas que experimentan situaciones de carencias materiales más desesperadas, por no hablar de situaciones peores en términos de opresión física o ideológica, que han sido capaces de organizarse políticamente y definir sus agendas políticas. Por lo tanto, la ausencia de programa por parte de los alborotadores es un hecho a interpretar en sí mismo: nos dice bastante de nuestra precaria situación ideológico-política y del tipo de sociedad en la que vivimos, una sociedad que celebra la capacidad de elección pero en la cual la única alternativa al consenso democrático impuesto es una mala conducta obcecada. La oposición al sistema ya no se articula como alternativa realista ni si quiera como proyecto utópico, sino que adopta la forma de arrebato sin sentido. ¿Qué sentido tiene nuestra tan celebrada libertad de elección cuando solo podemos elegir entre seguir las normas u optar por la violencia (auto) destructiva?

Alain Badiou considera que vivimos en un espacio social que experimentamos cada vez más como “sin palabras”: en un espacio así, la única forma que adopta la protesta es la de la violencia sin sentido. Es posible que este sea uno de los peligros principales del capitalismo: aunque en virtud de ser global engloba a todo el mundo, sustenta una constelación ideológica “sin palabras”, en la que las personas quedan privadas de la capacidad de dotar de sentido al mundo. La principal lección de la globalización es que el capitalismo puede acomodarse a todas las civilizaciones, cristianas, hindúes o budistas, de oeste a este: no hay una “cosmovisión capitalista” global, ni una “civilización capitalista” propiamente dicha. La dimensión global del capitalismo representa una verdad sin sentido.

La primera conclusión a extraer de los disturbios es que las reacciones ante esta expresión del malestar por parte de conservadores y liberales resultan inadecuadas. La reacción conservadora era predecible: no hay justificación alguna para tal grado de vandalismo; uno debería utilizar todos los medios a su alcance para restablecer el orden; para evitar otras explosiones de estas características no precisamos más tolerancia ni programas de asistencia social sino más disciplina, trabajar duro y tener sentido de la responsabilidad. El problema que plantea este razonamiento no es solo que ignora la desesperada situación social que empuja a la gente joven a protagonizar manifestaciones de violencia como estas, sino lo que es quizá aún más importante, que ignora hasta qué punto estos estallidos recuerdan a las premisas ocultas de la propia ideología conservadora. Cuando en los años noventa los conservadores lanzaron una campaña basada en la “vuelta a los orígenes”, Norman Tebbit reveló el obscuro añadido: “el hombre no es solo un animal social sino también territorial; debe formar parte de nuestra agenda satisfacer los instintos básicos del tribalismo y la territorialidad”. Esto es lo que significa una “vuelta a los orígenes”: liberar a los bárbaros agazapados bajo nuestra civilización burguesa aparentemente civilizada, y satisfacer sus “instintos básicos”. En la década de los sesenta del siglo pasado Herbert Marcuse introdujo el concepto “sublimación represiva” para explicar la “revolución sexual”: los instintos humanos pueden desublimarse, se les puede dar rienda suelta y aún así seguirán sujetos al control capitalista –a saber, la industria del porno. En las calles británicas durante los disturbios, no vimos a hombres reducidos a “bestias”, sino a una bestia despojada, producto de la ideología capitalista.

Mientras tanto, los liberales de izquierdas, igualmente predecibles, seguían fieles a su mantra sobre los programas sociales y las iniciativas de integración, cuyo abandono ha privado a las segundas y terceras generaciones de inmigrantes de ver cumplidas sus expectativas económicas y sociales: los arrebatos de violencia son el único medio a su alcance para articular el descontento. En lugar de darnos el gusto de tener fantasías de venganza, deberíamos hacer un esfuerzo por entender cuáles son las causas más profundas de los disturbios. ¿Somos tan siquiera capaces de imaginar lo que significa ser un joven habitante de un barrio racialmente mixto y pobre; de ser a priori sospechoso y sufrir el acoso de la policía, de no ser solo un desempleado sino a menudo un inempleable, sin esperanzas de futuro? Las condiciones en las que se encuentran estas personas provocan que tomar las calles sea un resultado inevitable. El pro-

blema de esta argumentación, no obstante, es que se limita a enumerar las condiciones objetivas que explican los disturbios. Participar en un disturbio es una forma de hacer una declaración subjetiva, supone declarar implícitamente cómo uno se relaciona con sus condiciones objetivas.

Vivimos tiempos de cinismo, y es fácil imaginar a alguno de los alborotadores que, cogido en pleno saqueo o quemando un establecimiento, conteste en los mismos términos que emplean los trabajadores sociales y los sociólogos cuando se le pregunte por sus apremiantes razones; probablemente acabe aludiendo al descenso de la movilidad social, el aumento de la inseguridad, la desintegración de la autoridad paterna, la falta de amor maternal en su primera infancia. Sabe perfectamente lo que está haciendo, pero lo hace de todas formas.

No tiene sentido alguno valorar cuál de estas dos reacciones, la conservadora o la liberal, es la peor: como diría Stalin, ambas son las peores, afirmación que incluye una advertencia compartida por ambas interpretaciones sobre el verdadero peligro de estos disturbios, y que reside en una predecible reacción racista por parte de “la mayoría silenciosa”. Reacción que adoptó la forma de acción “tribal” de las comunidades locales (turca, caribeña, sij), que no tardaron en organizar sus propios turnos de vigilancia para proteger sus establecimientos. ¿Acaso son los tenderos una pequeña burguesía que defiende su propiedad contra una protesta genuina, aunque violenta, contra el sistema; o acaso representan a una clase trabajadora que se defiende de las fuerzas de la desintegración social? En este caso también debería evitarse tomar partido. Lo cierto es que el conflicto se produjo entre dos polos de desfavorecidos: quienes han logrado funcionar dentro del sistema versus aquellos que han alcanzado tal grado de frustración que optan por seguir intentándolo. La violencia de los alborotadores estaba dirigida casi exclusivamente contra sí mismos. los incidentes, el incendio de coches y el saqueo de tiendas no se produjeron en barrios ricos, sino en los propios barrios de sus protagonistas. no se trata de un conflicto entre diferentes sectores de la sociedad; es un conflicto, en su interpretación más radical, entre la sociedad y la sociedad, entre los que lo tienen todo y quienes no tienen nada, nada que perder; entre los que no tienen nada que jugarse en su comunidad, y los que se lo juegan todo.

Zygmunt Bauman ha caracterizado los incidentes de actos de “consumidores incompletos y consumidores descualificados”; son una representación violenta de un deseo consumista que no puede expresarse por la vía “correcta”, es decir, consumiendo. en ese sentido, como tal, expresa también un instante de protesta genuina, que cobra forma de reacción irónica a la ideología consumista: “nos llamáis a consumir y a la vez nos priváis de los medios para que lo hagamos como se supone que hay que hacerlo, así que consumimos de la única manera que podemos”. En ese sentido, los disturbios demuestran la fuerza material de la ideología, sobre todo, quizá, en el contexto de la “sociedad posideológica”. Desde un punto de vista revolucionario, el problema de estos disturbios no radica en la violencia como tal, sino en el hecho de que esta forma de violencia no es verdaderamente autoafirmativa. Es la expresión de la rabia que, desde la impotencia y la desesperación, se disfraza de triunfante carnaval.

A la hora de situar estos disturbios, deberíamos contrastarlos con otra forma de violencia, la que es percibida por una mayoría liberal como amenaza a nuestra forma de vida: los atentados terroristas y suicidas. Ello implica que la violencia y la respuesta que provoca están atrapadas en un círculo vicioso, y cada una genera las fuerzas que en un principio pretende combatir. En ambos casos, nos enfrentamos a ciegos *passages à l'acte*, en los que la violencia se convierte en un reconocimiento implícito de la impotencia. La diferencia estriba en que, en comparación con los disturbios de Reino Unido o de París, los atentados terroristas se perpetran con un sentido religioso absoluto.

Sin embargo, ¿acaso no fueron las revueltas árabes un acto de resistencia colectiva que eludía la falsa única alternativa del recurso a una violencia autodestructiva y al fundamentalismo religioso? Por desgracia, el verano egipcio de 2011 se recordará como el que marcó el fin de la revolución, el momento en el que su potencial emancipador fue ahogado. El ejército y los islamistas cavaron su tumba. cada vez son más evidentes los contornos del pacto entre el ejército (el de Mubarak) y lo islamistas (marginados durante los primeros meses de las revueltas pero que ahora ganan terreno): los islamistas tolerarán los privilegios materiales del ejército a cambio de que quede garantizada su hegemonía ideológica. Los perdedores serán los liberales pro occidentales, ahora demasiado debilitados –a pesar de la financiación que obtienen de la CIA– como para “potenciar la democracia”; y los verdaderos agentes de los acontecimientos de la primavera, una izquierda laica emergente que ha intentado poner en marcha en la sociedad civil una red de organizaciones, desde sindicales hasta feministas. La situación económica en creciente deterioro no tardará en sacar a la calle a la población pobre, la gran ausente en las protestas de la primavera. Es probable que vuelva a producirse una explosión popular y, en relación a la emergencia de sujetos políticos en Egipto, lo difícil es determinar quién logrará canalizar la rabia de los pobres. Quién será capaz de traducirla en un programa político: ¿la nueva izquierda laica o los islamistas?

La reacción predominante de la opinión pública occidental ante el pacto entre el ejército y los islamistas será sin duda un despliegue triunfal de cinismo: se nos dirá que, como quedó claro en el caso de Irán, en los países árabes las revueltas populares siempre desembocan en un islamismo militante. en comparación, Mubarak aparecerá como un mal menor, más vale lo malo conocido que andar jugando a la emancipación. ante tal grado de cinismo, es preferible permanecer incondicionalmente fiel al núcleo radical-emancipatorio del levantamiento egipcio.

No obstante, conviene evitar caer en la tentación narcisista de la causa perdida: admirar la belleza sublime de la revuelta condenada al fracaso es un recurso demasiado fácil. La izquierda de hoy se enfrenta al problema de “la negación determinante”: ¿qué nuevo orden debería sustituir al viejo tras las revueltas, una vez superado el entusiasmo sublime del primer instante? En este sentido, es bastante revelador el manifiesto de los indignados españoles propuesto tras las manifestaciones de mayo. lo primero que llama la atención es el tono deliberadamente apolítico: “unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. unos creyentes, otros no.

Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos... Pero todos estamos preocupados e indignados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor. por la corrupción de los políticos, empresarios, banqueros... por la indefensión del ciudadano de a pie". Plantean la protesta en defensa de "unos derechos básicos que deberían estar cubiertos en estas sociedades: derecho a la vivienda, al trabajo, a la cultura, a la salud, a la educación, a la participación política, al libre desarrollo personal, y derecho al consumo de los bienes necesarios para una vida sana y feliz". Rechazan la violencia y demandan "una revolución ética ya que hemos puesto el dinero por encima del ser humano y tenemos que ponerlo a nuestro servicio. Somos personas, no productos del mercado. No soy sólo lo que compro, por qué lo compro y a quién se lo compro". ¿Quiénes serán los agentes de esta revolución? Los indignados rechazan a toda la clase política, de izquierdas y de derechas, por corrupta y por entregarse a la codicia del poder, pero, no obstante, el manifiesto plantea una serie de reivindicaciones dirigidas ¿a quién?; no a la propia gente: los indignados (aún) no reivindican que sean ellos los impulsores del cambio que desean. ahí radica la debilidad de las protestas recientes: expresan una rabia real que no se acaba de transformar en un programa positivo de cambio socio-político. Expresan un espíritu de revuelta sin revolución.

La situación en Grecia es algo más esperanzadora, probablemente debido a una tradición más reciente de auto-organización progresiva (que en España se esfumó tras la muerte de franco). Pero, incluso en el caso de Grecia, aparecen los límites de una auto-organización del movimiento de protesta: los manifestantes mantienen un espacio de libertad igualitaria carente de autoridad central que lo regule, un espacio público en el que todos disponen de la misma cantidad de tiempo para intervenir. Cuando los manifestantes iniciaron un debate en torno a cuáles serían los siguientes pasos a seguir, qué hacer más allá de manifestarse en las calles, el consenso al que llegaron mayoritariamente fue la negativa a constituirse en un partido nuevo y a tomar el poder del estado, y crear un movimiento cuyo objetivo fuera ejercer presión sobre los partidos políticos. Evidentemente esto no basta para imponer la reorganización de la vida social. Para ello es preciso contar con un organismo fuerte capaz de alcanzar decisiones con agilidad y aplicarlas con el debido rigor.